

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis et
justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—
Pío IX, al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comi-
sionados, y 19 rs. al mes y 54 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rea-
les trimestre.—La administración no responde de

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.
—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Sa-
avedra, 53, rue Taubout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbitero.

OFRENDAS A SU SANTIDAD.

Consolatrix afflictorum.

C. DIZ.—Consuela (oh Virgen purísima) a nues-
tro atribulado Sumo Pontífice y a esta humilde
sierva tuya, Josefa Malvar, viuda de Conceiro,
38.000 rs.

Santa María, ora pro nobis.

TORO.—Clara Tola, 50 céntimos.—Braulio Cale-
ro, 4 rs.—Bonifacia Calero, 10 rs.

Regina sine labe originali concepta, ora pro nobis.

COVADONGA.—Vicente Olalla, 30 rs.
NOTA. Esta ofrenda debió haberse publicado el
8 de Diciembre último.

CÓRTESES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR MARQUÉS DE MI-
RAFLORES.

Extracto de la sesión celebrada el día 21 de Febre-
ro de 1868.

Se abrió la sesión a las dos y cuarto, y leída el
acta de la anterior, fué aprobada.
Fueron aprobados sin debate los dictámenes de
la comisión de peticiones, relativos a la exposi-
ción del doctor D. Segismundo Moret y Prender-
gast y a la del doctor D. Francisco Giner de los
Rios.

ÓRDEN DEL DÍA.

Continuación del debate pendiente sobre el proyecto
de ley de empleados públicos.

Leído el art. 23, dijo
El Sr. TORRES VALDERRAMA: Rogaría a la
comisión se sirviese borrar o eliminar del segun-
do párrafo del artículo que se discute las últimas
palabras con que concluye: «Procurando que re-
sulte disminuido el costo de este servicio».
El Sr. CÁRDENAS: Cuando una ley dice que
el Gobierno procurará hacer una cosa, es lo mis-
mo que si lo mandara: por consiguiente, manda
procurar se haga cuanto es objeto de sus prescrip-
ciones.

Sin más debate quedó aprobado el art. 23.
Leído el artículo adicionado, dijo
El Sr. CÁRDENAS: Este artículo debe leerse
con varias enmiendas.

Leído otro artículo adicionado, dijo
El Sr. BENAVIDES (de la comisión): La comisión
no admite la enmienda del señor marqués del
Duero, porque cree que lo que la enmienda pre-
viene y desea S. S. se haga extensiva a las demás
carreras, de las cuales no habla el presente pro-
yecto de ley, cree la comisión, repito, que está
mandado.

El señor marqués del DUERO: Creía yo que la
comisión estaba en la inteligencia de que no se
observaba lo que está mandado, que los ordena-
dos intervinientes no pueden hacer ningún pago
sin tales y cuales circunstancias, cuando ha creído
que debía ponerse en una ley como esta, donde se
fijan las bases para la entrada y ascenso en las
carreras a que se señalan.

Todo es necesario y mucho más en la época en
que vivimos.

El señor ministro de la GUBERNACION (Gonzá-
lez Brabo): Yo he preguntado a los señores de
la comisión, quienes me han dicho que aun cuando
rigorosamente eso no es materia de esta ley, po-
día admitirse; y como el Gobierno por su parte
está dispuesto a practicarla en su parte más prin-
cipal, en la carrera administrativa, tampoco tiene
inconveniente en que el deseo del señor marqués
del Duero encuentre realización, por mas que re-
sulte alguna imperfección científica en la construc-
ción de la ley.

El señor marqués del DUERO: Doy las gracias al
señor ministro de la Gubernación.

El Sr. BENAVIDES: La comisión, salvando la bu-
ena intención del señor marqués del Duero, cree
que no hace falta la adición; pero después de haber
oído al señor ministro de la Gubernación, no tiene
inconveniente en acceder a los deseos del señor
marqués del Duero.

Sin más debate quedó aprobado el artículo adic-
cionado.

Leído otro artículo adicional, dijo

El Sr. PRESIDENTE: ¿Admite la comisión esta
adición?

El Sr. BENAVIDES: La comisión a límite esa adic-
ción.

Abierta discusión, quedó aprobado el artículo
sin debate, y dijo

El Sr. PRESIDENTE: Queda aprobada la ley; pero
no podrá procederse a la votación definitiva hasta
que la comisión ordene los artículos y los ponga
en regla para darse la lectura correspondiente.
Continúa la discusión pendiente sobre el proyecto
de ley de arreglo de tribunales y unificación del
fuero común.

El Sr. ORTIZ DE ZUÑIGA: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: ¿Para qué, señor senador?

El Sr. ORTIZ DE ZUÑIGA: Para dirigir una súp-
lica al señor ministro de Gracia y Justicia que
tiene relación con el proyecto que se va a discuti-
r. Como no puedo hacer preguntas ni interpela-
ciones sino con arreglo a los trámites tan pre-
miosos del reglamento, me voy a permitir únicamen-
te dirigir una súplica a su señoría.

He visto en el Diario que había manifestado el
señor ministro de Gracia y Justicia que hasta ahora
no había separado a ningún magistrado de su
carrera. Yo le doy las gracias y le felicito porque
haya seguido en esta la conducta de casi todos sus
predecesores desde el año 58 acá, y no haya imi-
tado la conducta de su antecesor, que separó a mu-
chos magistrados.

Dijo a continuación el mismo señor ministro:
«Yo he trasladado magistrados porque debí ha-
cerlo, porque mi deber y mi conciencia así me lo
dictaban. Pero no lo he hecho al aire, sino con la
debida instrucción de expediente, y cuando ha
llegado el momento de tomar esa determinación,
me he aconsejado de personas dignas y autori-
zadas».

De manera que según se desprende de las pala-
bras de S. S., ha habido motivos para la trasla-
ción de esos magistrados. Como esto así dicho de
un modo tan público puede constituir una nota
deprecia de esos dignísimos magistrados; como
entendido que una sala entera de la audien-
cia de Granada fué trasladada no há mucho tiem-
po, y sin duda a eso aludió S. S., puesto que se
ha instruido el expediente oportuno, ruego a su
señoría que si no tiene inconveniente, venga ese

expediente al Senado para que tengamos todos la
satisfacción de ver los motivos que ha habido para
hacer esas traslaciones. Ruego a S. S. se sirva acce-
der a mi súplica, que es lo único que puedo hacer
en este momento.

El señor ministro de la GUBERNACION (Gonzá-
lez Brabo): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: Si el señor ministro de la
Gubernación me lo permite, diré dos palabras. El
Sr. Ortiz de Zuñiga pidió la venia al presidente
para hacer una súplica al Gobierno; aunque el re-
glamento no lo prohíbe, me vi, sin embargo, em-
barazado, y dije al señor senador que si su objeto
era pedir la presentación de documentos, podía
hacerlo, porque todos los señores senadores tienen
ese derecho.

Hago esta aclaración para que conste que al con-
ceder la palabra al Sr. Ortiz de Zuñiga, lo hice pa-
ra un objeto que el Reglamento da derecho para
verificarlo. Yo en este sitio, guardian del regla-
mento sin juzgarle, me ajusto estrictamente a sus
prescripciones.

El señor ministro de la GUBERNACION (Gonzá-
lez Brabo): El señor senador que acaba de hablar
no ha presentado un documento como parece que
había pedido a la mesa: estando en una discusión
que se rige por reglas de todos conocidos, se ha
levantado dando por causa los trámites pre-
miosos del reglamento; ha entrado de soslayo en la dis-
cusión, y además ha hecho en el fondo una inter-
pelación al señor ministro de Gracia y Justicia.

El Gobierno de S. M. tomó en el año anterior
una parte considerable en la reforma de los regla-
mentos que aquí se hizo, y no puede dejar pasar
esa censura sin contestarla inmediata y directa-
mente.

No es exacto que los trámites del reglamento
hayan podido impedir al señor senador el haber
hecho una pregunta u otra cuando haya creído con-
veniente. Ha podido hacerlo por los términos que
marca el reglamento. No es exacto tampoco que el
señor senador no haya podido tomar la palabra en
uno de los artículos que están todavía pendientes
de discusión. Creo que el señor senador tiene to-
davía reservada su facultad de enmendar, y ha
podido presentar una enmienda.

De modo que S. S. ha tenido por lo menos tres
campos para llegar a su objeto. No es exacto, por
consiguiente, lo que se ha dicho de que el regla-
mento premiosamente estorbe a ningún señor sena-
dor de entrar en las discusiones, sino que marca
bien cuándo y cómo pueden entrar.

Dicho esto, en honor de la iniciativa que el año
anterior tuvimos, sobre lo demás no tengo nada
que decir: el señor ministro de Gracia y Justicia
podrá contestar si lo tiene por conveniente.

El Sr. PRESIDENTE: Con el permiso del se-
ñor ministro de Gracia y Justicia haré una pe-
queña aclaración.

El señor ministro de la Gubernación ha fijado los
casos en que los señores senadores pueden hacer
preguntas e interpelaciones al Gobierno conforme
al Reglamento. Pero como el Sr. Ortiz de Zuñiga
no me habló nada de unas ni de otras, sino que
me pidió la palabra únicamente para dirigir una
súplica al Gobierno, relativa a la presentación de
documentos, se la concedi sin entrar a juzgar sus
intenciones.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA (Mar-
qués de Roncali): Después de las palabras que ha
pronunciado el señor ministro de la Gubernación,
comprenderé el Senado que yo, haciendo uso de
mi derecho, podría decir que no tenía por conve-
niente contestar. El señor senador, diciendo que
iba a dirigir una súplica al Gobierno de S. M., ha
entrado a fondo en la cuestión de inamovilidad ju-
dicial. Dejo a la buena fe de cuantos me escuchan,
si a pretexto de dirigir una súplica puede tra-
tarse de censuras y traslaciones hechas con ar-
reglo a la ley.

Para hacer una súplica al Gobierno ha hablado
S. S. y me ha dirigido en son de alabanza algunas
palabras por no haber dejado ni un solo magistra-
do cesante desde que ocupó el ministerio; y con
ese motivo ha aludido a mi respetable antecesor
diciendo que había seguido una conducta opuesta
porque había separado algunos magistrados, entre
los cuales se encontraba S. S. ¿Por qué en otros
tiempos no alzó S. S. la voz de la misma manera?
Para pedir que venga un expediente por los trámi-
tes que marca el Reglamento, podía haberlo he-
cho S. S. sin incurrir en la conducta de esa res-
petable persona, y el expediente habría venido.

Entrando después en la cuestión de traslaciones,
no de una sala, sino de tres magistrados de la au-
diencia de Granada, porque así he tenido por con-
veniente hacerlo, debo decir que en eso creo ha-
ber prestado un servicio a mi patria, y al decir es-
to, que conste muy alto que no prejuzgo la con-
ducta de esos magistrados para nada.

Como he de prejuzgar su conducta, cuando su
majestad la Reina ha tenido a bien disponer que
con la misma investidura vayan a otro tribunal de
la península a administrar justicia; ¿hay en esos
decretos de traslación algunas palabras que ni re-
motamente puedan lastimar a esos dignísimos ma-
gistrados de quienes ha creído hacerse eco el señor
senador, y los cuales cuando me han visto en Ma-
drid me han dado un millón de gracias? ¿Qué es
esto sino traer de soslayo la cuestión de inamovi-
lidad?

No porque a mí me importe: yo entrego esos
decretos de traslación y todos mis actos en el mi-
nisterio de Gracia y Justicia al examen analítico
de mis más fervientes adversarios. No hay un solo
nombramiento que no esté hecho con arreglo a la
ley, y la mayor parte de ellos atendiendo a la bo-
nemérita clase de cesantes; públicos son esos nom-
bramientos; no hago nada que no vea la luz en la
Gaceta.

Suma circunspección! Me guardaré muy bien
de hacer comparaciones; al contrario, cuando do-
lorosamente se han hecho con esas dignas per-
sonas, he sabido levantarlas a defenderlas.

Por lo demás, no sé cuántos podrán decir como
yo, que no he dejado cesante ni a un solo magis-
trado. Y cuidado que han sido muchos los minis-
tros de Gracia y Justicia; S. S. tiene motivos es-
peciales y muy grandes para saber todo, y por
cierto que no fueron una, dos o tres, sino en gran
número las cesantías.

De quien menos esperaba yo que alzase su voz
en favor de la inamovilidad era de S. S., que di-
recta o indirectamente ha contribuido de una ma-
nera muy eficaz a numerosas cesantías. No lo po-
drá negar S. S.

Esto no es censurar la conducta de esos minis-
tros que tuvieron la necesidad dolorosa de adoptar
esas disposiciones. Los defendí días pasados, por-

que las circunstancias influyen poderosamente, y
son muchas veces superiores al propósito de los
hombres.

Si fuéramos a hacer una revista, ¿quién podría
decir que ha respetado escrupulosamente la in-
amovilidad? Pero porque haya un ministro que no
deje cesante a ningún magistrado, ¿se le han de
dirigir cargos porque los trasladó? ¿Es esto nuevo?
¿No sabe S. S. que aun en tiempo del Sr. D. Ven-
tura González Romero no se sacó de la esfera ju-
rídica gubernativa la traslación de un magistrado?
¿Ojalá que las disposiciones que entonces regían
no hubieran sido despreciadas y pisoteadas! ¿Ojalá
no hubiera desaparecido aquella legislación: no
hubiéramos tenido muchos males que lamentar! Las
traslaciones son medidas prudentísimas que
han ejercitado todos los Gobiernos.

Para concluir diré a S. S. que si hubiera dirigi-
do, como debía esperar de S. S., su solicitud so-
bre algunos expedientes, estos hubieran venido;
ahora le manifestaré a S. S. que no pueden venir.
El Sr. ORTIZ DE ZUÑIGA: Pido la palabra para
rectificar.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.; pero le re-
comiendo la circunspección que S. S. reconocerá es
propia de la gravedad de estos debates.

El Sr. ORTIZ DE ZUÑIGA: No voy a alterar el
orden ni la circunspección de estos debates; sola-
mente diré dos palabras para rectificar algo de lo
que ha manifestado el Sr. ministro de la Guber-
nación.

Ya sabía yo que el reglamento me permitía ha-
cer preguntas e interpelaciones; pero de la mane-
ra que el reglamento previene, no estaba en el
caso de hacerlo. Por eso he dicho que el reglamen-
to era premioso en este punto.

Debo decir ahora al Sr. ministro de Gracia que
siento mucho no haya tenido por conveniente acce-
der al ruego que con la mejor buena fe le he di-
gido. De las palabras de S. S. podía deducirse que
había motivos contra esos funcionarios trasladados;
para saber si en efecto sucedía así, deseaba la pre-
sentación de los expedientes. Me basta con haber
hecho la reclamación.

Por lo demás, no habiendo tenido yo el honor
de ser ministro, no puede hacerse el cargo de
haber influido en la traslación o separación de ma-
gistrados.

El señor ministro de la GUBERNACION (Gonzá-
lez Brabo): El señor senador que acaba de hablar
es un antiguo funcionario de la carrera judicial;
ha sido subsecretario y magistrado. El Senado ac-
aba de oír de esa respetable persona que cuan-
do hay una ley, a la cual le parece que no debe
someterse, se sale de ella para cumplir su propósi-
to. Si este es un ejemplo, que no lo tomen los ma-
gistrados de fuera de este lugar.

Deseaba el señor senador que vinieran determi-
nados expedientes con motivo de unas palabras
que pronunció el señor ministro de Gracia y Jus-
ticia el día anterior; esto, sin embargo, no era de
tal urgencia que importara decirlo hoy.

Pero aun cuando hubiese tenido urgencia, po-
día haber anunciado por escrito su pregunta; la
mesa la hubiera pasado al Gobierno, y este no la
hubiese detenido ni un solo minuto, porque no ha
puesto obstáculo a ningún proyecto de ley, pre-
gunta o interpelación.

Peró es que se quiere una cosa; es menester sa-
lirse de la regla que puede practicarse con fruto
para la publicidad, a fin de poder decir que no hay
medio de llegar a la publicidad.
A mí me conviene hacer constar que en el tex-
to de la regla hay términos hábiles para la publi-
cación que bastaban a S. S.; y si S. S. no lo hecho, es
porque a pesar de ser hombre de ley, no se quiere
someter a la regla.

El Sr. ORTIZ DE ZUÑIGA: Pido la palabra, se-
ñor Presidente.

El Sr. PRESIDENTE: No hay palabra, Sr. Sena-
dor.

El Sr. ORTIZ DE ZUÑIGA: ¿No ha de poder uno
defenderse contra expresiones...?

El Sr. ministro de la GUBERNACION (Gonzá-
lez Brabo): ¿Y no ha de poder defenderse el Gobi-
erno, que ha tenido aquí una iniciativa justa, acep-
tada por los señores senadores?

El Sr. ORTIZ DE ZUÑIGA: Pero yo no he faltado
a la ley; me he ajustado a ella.

El Sr. PRESIDENTE: Orden, Sr. Senador. No es-
taba S. S. en el uso de la palabra. Lo está el señor
ministro de la Gubernación, a quien me permito
hacer la súplica de que terminemos este debate
cuanto antes.

El Sr. ministro de la GUBERNACION (Gonzá-
lez Brabo): Ruego a S. S. que me dispense, como tam-
bien al Senado, porque ataques de este género
ningún Gobierno puede dejar de rechazarlos.

El Sr. PRESIDENTE: Yo considero la razón de
parte de S. S., y le doy gracias por haber puesto
término a su discurso, pues esta clase de inciden-
tes no aprovechan a nadie, siendo ingratos y peli-
grosos. Queda terminado este incidente.

Leída una enmienda del Sr. marqués de Ciga al
artículo 2.º de la ley orgánica de tribunales, fué
admitida por la comisión.

El señor secretario acabó de leer el artículo, y
enseguida la enmienda a la base segunda del señor
conde de Fabraquer y otros señores senadores, dijo

El señor conde de FABRAQUER: A defender,
pues, la institución de los tribunales mercantiles
vengo hoy en el terreno de la ciencia, de la igual-
dad, de la conveniencia pública, y sobre todo, del
espíritu del siglo en que vivimos, al cual deben
adaptarse todas las medidas del legislador.

Hay parece que ha llegado la hora de que dejen
de existir estos tribunales de comercio.

El señor ministro de Gracia y Justicia, al pro-
poner esta gravísima medida, se funda en que ante
la ley, ante la igualdad y ante el derecho, no tie-
nen razón de ser los tribunales de comercio, que
nadie justifica hoy su existencia, y que, además,
de su sentencia se apela ante las audiencias. Se-
ñores, ¡no tienen razón de ser unos tribunales
que cuentan con el trascurso de tantos siglos, que
se apoyan en la especialidad y la conveniencia del
comercio mismo, que son reconocidos en todos los
códigos mercantiles de Europa y América, y muy
especialmente en el antiguo monumento de legis-
lación, en el código de Napoleón I, del cual se ha
tomado la mayor parte del nuestro! Si esos tri-
bunales no hubieran tenido razón de ser, no hubie-
ran podido resistir cuarenta años desde su establi-
cimiento en esta época de innovaciones: si han
resistido, es porque los que en esos tribunales fa-
llan, conocen perfectamente los negocios de que
tratan, y además porque las sentencias se debaten
y ajustan completamente al espíritu mercantil.

El Sr. CÁRDENAS: Señores, el otro día para de-
fender el fuero civil militar se apelaba a la necesi-
dad del fuero criminal para mantener la disciplina
del ejército; hoy para defender los tribunales de
comercio se crea una jurisdicción que puede ha-

mar teórica; y manifestando las ventajas que esta
especie de jurisdicción pudiera tener, se cree te-
ner probado la necesidad de la otra jurisdicción
que llamaré práctica, y es la que existe en España.

¿Subsisten hoy las causas que dieron origen a
esa jurisdicción? ¿Subsiste esa práctica esencial de
la misma jurisdicción? Esto es lo que no logrará
probar sus mantenedores. ¿Acaso hoy no está es-
crito el derecho mercantil? ¿Hay que buscar para
entender en los negocios de comercio hombres
prácticos, o puede aplicarse el derecho cualquiera
que lo haya conocido y estudiado? Indudablemen-
te que la primera razón de la existencia de los tri-
bunales a que me refiero ha desaparecido.

¿Y el procedimiento? ¿Son hoy los procedimien-
tos judiciales los mismos que eran en otro tiempo?
¿No pueden acomodarse a los procedimientos ju-
diciales comunes los asuntos de comercio? La prue-
ba es que así es como la ley de enjuiciamiento
civil está calada en la ley de enjuiciamiento del
código de comercio. En cuanto a la autonomía de
los gremios ha desaparecido completamente ante
la gran autonomía del Gobierno.

En España hay 500 juzgados de primera instan-
cia y sólo 15 de comercio, cuya jurisdicción no se
extiende más allá del partido judicial en que resi-
den; de manera que en cuatrocientos ochenta y
tantos distritos conocen los jueces ordinarios de
las causas mercantiles. En segundo lugar, los tri-
bunales de comercio dictan un fallo, el cual la ma-
yor parte de las veces, ó sea siempre que la canti-
dad litigiosa llegue a 3.000 rs. en los de primera
clase, y 2.000 en los de segunda, tiene que ser re-
visado por la audiencia del territorio, que es la
que da la sentencia ejecutoria; es decir, que los fal-
los ejecutorios, los que fijan la jurisprudencia,
pertenecen a los jueces letrados, no a los com-
erciantes. Y todavía hay más. Como los tribunales
de comercio fallan y sus sentencias pueden ser
aprobadas en la segunda instancia, tal vez podría
decirse que en algunos casos iluminan a los magis-
trados que resuelven en la audiencia. Esto tam-
poco es así, pues los que fallan en primera instan-
cia no son esos hombres especiales; el que falla es el
asesor, un abogado que tiene su estudio abierto, y
que es el que dirige el procedimiento, no limitán-
dose a aconsejar, pues el tribunal, para no ser re-
sponsable de su fallo, tiene que conformarse con el
dictamen del asesor; y como los pobres comercian-
tes no entienden de derecho, se conforman siem-
pre ó casi siempre con la opinión del letrado, para
no verse envueltos en responsabilidades que no
merecen.

Tampoco hoy en los tribunales de que hablo con-
corre la circunstancia de fallar, como decía el se-
ñor conde de Fabraquer, con arreglo al principio
de «verdad sabida y buena fe guardada», porque
lo hacen por la legislación mercantil, y cuando no
hay esa legislación se acude al derecho común.
Es decir, que no existe la especialidad que se su-
pone, y sin embargo se declara necesaria. Pues si
esa especialidad se necesita en 15 tribunales de
comercio que hoy existen en toda España, ¿por
qué no ha de ser necesaria en los demás puntos
entre los cuales hay algunas capitales de provin-
cia y puertos de importancia? Me parece que esta
observación tiene bastante fuerza.

Señores, hay que optar entre tres cosas: ó soste-
ner lo existente, que no se halla justificado como
he procurado demostrar a los señores senadores, ó
suprimir la jurisdicción mercantil, ó crear una ju-
risdicción en España que exija un juzgado de co-
mercio en cada partido, una audiencia mercantil
al lado de cada una de las otras, y hasta introdu-
cir algún elemento de la misma clase en el Tribunal
Supremo, que había de fallar en último término
los pleitos de comercio, lo cual sería imposible.
Por el contrario, si se adopta lo que la comisión
propone, tendremos para los asuntos mercantiles
tribunales que ofrezcan por su constitución mayo-
res garantías de rectitud e imparcialidad, un mi-
nisterio fiscal que vele por los intereses del Es-
tado y de los particulares, y todo esto sin que falte
lo que puede ser necesario en algunos casos, que
es ese jurado de comercio para las cuestiones es-
peciales a que me he referido. He dicho.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA (Mar-
qués de Roncali): El Gobierno, de acuerdo con la
comisión, cree que no debe admitirse la enmienda
del señor conde de Fabraquer.

El Sr. PRESIDENTE: Siendo pasadas las horas
de reglamento se suspende esta discusión. Orden
del día para mañana: votación definitiva del pro-
yecto de ley de empleados públicos, y continua-
ción del debate pendiente. Se levanta la sesión.
Eran las cinco y media.

PARTE EXTRANJERA.

DESAPACHOS TELEGRÁFICOS.

París 21 (por la mañana).

El discurso del Rey de Hannover causará
probablemente su salida de Viena.

El Gobierno italiano ha dado órdenes a fin
de que la escuadra esté dispuesta a salir para
Sicilia.

Corre el rumor de que las Cámaras de Ru-
mania van a proclamar al hospodar Rey in-
dependiente, y que este contraerá matrimo-
nio con una gran duquesa rusa.

Escríben de París que Francia prepara manifes-
taciones anexionistas en su favor en el ducado de
Luxemburgo.

Numerosos emisarios del Gobierno prusiano han
sido enviados secretamente a las principales ciu-
dades de Francia, encargados de sorprender hasta
los menores detalles los preparativos militares que
se están haciendo.

El Padre Santo ha concedido las dispensas
que le había pedido el Arzobispo de Turin para
celebrar el matrimonio del Príncipe Humberto
con su prima la Princesa Margarita de Saboya.

En Hannover se han hecho recientemente nu-
merosas prisiones. Una carta de Berlín habla de
37 presos hannoverianos comprometidos en las
agilaciones en favor del Rey Jorge, y que habrían
llegado a aquella capital escoltados por agentes de
policía.

Han sido entregadas al Gobierno francés estas
días, cinco cañoneras armadas con enormes caño-
nes de 19 centímetros de calibre y se han hecho
seguidamente otros pedidos de buques análogos,
destinados a aumentar la escuadra acorazada.

Dícese que la Emperatriz Carlota ha escrito al
Padre Santo una carta en italiano rogándole que
pida a Dios por el eterno descanso del alma de su
esposo.

El día 18 dió en Viena el antiguo rey de Hanno-
ver una comida a sus huéspedes hannoverianos,
en la que pronunció un brindis concebido sobre
poco más ó menos en estos términos:

«Os doy gracias por haber venido a esta fiesta
de familia. Vuestra presencia aquí es la señal de
los lazos de unión que existen entre la dinastía
gielfa y el pueblo hannoveriano. Tengo la convic-
ción de volver algún día a Hannover como monar-
ca independiente».

También mis antepasados tuvieron que abando-
nar en otro tiempo este país, y sin embargo, vol-
vieron y se encontraron el reino gielfo engrande-
cido. Esta circunstancia providencial me autoriza a
creer que volveré yo también a él como monarca
libre e independiente. ¡A la salud de Hannover y a
nuestro pronto regreso al reino gielfo!

A este banquete solo asistieron ciudadanos han-
noverianos.

El Times anuncia como cierto que lord Derby,
presidente del Consejo de ministros inglés, se reti-
ra del Gabinete por el mal estado de su salud.

Dicen de Lisboa que la reina doña Maria Pia debe
partir en breve para Italia con objeto de asistir al
casamiento de su hermano el príncipe Humberto.

El nuevo embajador británico en Washington,
sir Thornton, fué presentado el día 7 por Mr. Seward
al presidente, que le recibió perfectamente. El em-
bajador aseguró a Mr. Johnson que la reina profesaba
grande amistad al país que tan dignamente presi-
dia. El gobierno británico, añadió, está profun-
damente reconocido a las simpatías manifestadas a su
predecesor Mr. Bruce, y mis esfuerzos tenderán
también a robustecer la amistad que existe entre
los dos pueblos.

Mr. Johnson contestó que la reina de Inglaterra
tenía derecho, mas que cualquiera otro soberano,
al respeto y a las simpatías del pueblo norte

según sus fuerzas, á la defensa de la verdad católica.

Pero la Verdad católica, á fuer de tal, abarca todas las relaciones humanas, y en su significación moral ó práctica comprende todos los actos, así de los individuos como de las sociedades, los cuales solo en la verdad católica cifran su salvación, pues ambos están igualmente sujetos á la ley de Dios, ya que Dios es su principio y debe ser su fin. ¿Y qué otra cosa es la política en su sentido recto y más elevado que el estudio de las relaciones sociales, la aplicación de la ley eterna de Dios á los varios sucesos y á las diversas circunstancias en que se halla sucesivamente la sociedad? Puesta la cuestión en este terreno, no solamente no hay incompatibilidad entre ser político y defender la Religión, sino que son dos cosas que se completan y amplían recíprocamente, si no es mejor decir que la primera es parte de la segunda. San Agustín trató de política y defendió la Religión en unas mismas páginas, cuando escribió la *Ciudad de Dios*; Bossuet hizo lo mismo en su célebre *Discurso sobre la Historia universal*; lo mismo Balme en su periódico y en algunos de sus libros; y antes que estos y otros doctores muy dignos de loa, lo habían hecho algunos Profetas y personajes santos del antiguo Testamento.

Hay cuestiones religiosas ó teológicas que por su carácter puramente doctrinal están menos expuestas á ser tergiversadas á cada momento, á ser negadas por la soberbia del entendimiento ó infringidas por la codicia y las malas pasiones: nosotros envidiamos la fortuna de los escritores católicos que en revistas especiales se dedican con igual celo que provecho á dilucidar tranquila y sosegadamente estas cuestiones, dirigiendo sus trabajos á almas bien dispuestas, á lectores ávidos de instrucción católica, á la cual están lejos de querer combatir.

Pero ¿quién no sabe que hay otras cuestiones igualmente respetables, que por su relación inmediata con el orden social y los intereses públicos, se sacan cada día al certamen, envueltos con el especioso título de cuestiones políticas? ¿Quién ignora los extremos de irreligión é impiedad á que se han lanzado en ciertas épocas algunos periódicos, escudados con el nombre de políticos? Ahora mismo, ¿quién, al dar una mirada á la prensa, aunque no sea sino por los extractos que acostumbramos hacer de ella, no siente agudo dolor, viendo el combate incesante contra la verdad católica, ora de una manera abierta y desembozada, ora por medios insidiosos? Desde las presuntuosas teorías filosóficas, que con palabras españolas y sintaxis alemanesca tratan de los infinitos para quitarnos el conocimiento del único infinito, hasta las gacetas que repiten un día y otro día el *tormento* de Galileo, ó forman estadística de los abusos del confesionario y de los excesos de los predicadores, pasando por todos los órdenes de doctrina, ¿qué es lo que no se ha hecho servir contra la verdad católica?

Pues el deber de los periódicos que se han propuesto defender esta verdad en todos los terrenos, consiste en acudir siempre y pronto allí donde se presenta el enemigo, atacándole con sus propias armas, que muda incesantemente, mandando ya la historia, ya la filosofía, ya las ciencias naturales, ya la literatura, ya la política. La tarea es pesada; pero es útil, y tenemos para creerlo así el testimonio de varones eminentes, de los Prelados de la Iglesia y del mismo Sumo Pontífice.

Hemos dicho antes que reputamos por un mal mezclar con la defensa de la Religión, la política menuda ó de partido; pero pretender que de ninguna manera se trate de política en las columnas en que se propaga la religión, nos parece que es dar la razón, sin pensarlo, á los que pretenden encerrar la religión dentro de los templos.

Pero añade *La Revista*: «Solo al Episcopado debería dejarse la iniciativa de las grandes cuestiones religioso-políticas que provoque el desarrollo de los acontecimientos: la misión del periodismo religioso es secundaria; el fiel debe hablar después del maestro, el juez sentenciar antes que el partidario.» Útil de todo punto nos parece decir que abundamos en los mismos sentimientos. Jamás hemos pensado en ponernos en oposición con nuestros Prelados, y menos en erigirnos en maestros suyos: si el demonio hubiese de tentarnos alguna vez con tan insensata presunción, suplicamos á Dios que nos quite la vida antes de consentir en ella. Los periódicos católicos consignan, dan parte de los hechos que rápidamente se suceden, sirviendo á veces de medio para que lleguen á noticia de los prelados, quienes, por grande que sea su celo, no pueden estar en todas partes y verlo todo á la vez. Cuando el hecho es nuevo considerado por el aspecto de su naturaleza y de sus relaciones con la verdad católica, cuando el error es dudoso, el periódico no hace más que advertirlo, aguardando para formar juicio, á que expresen el suyo aquellos á quienes Dios puso para regir su Iglesia y guiarnos á todos por el camino de la verdad: no sentencian antes que el juez ni hablan antes que el maestro. Mas cuando el hecho es reproducción de otro anterior ya juzgado por la Iglesia; cuando el error ha sido ya condenado, aunque tal vez en otra forma, entonces el periódico católico lo combate en seguida como tal, y apoyándose en la sentencia dada ya por la Iglesia, y siempre con sumisión profunda á sus decisiones, sigue al enemigo en todas sus evoluciones y maniobras, llamando error al error y verdad á la verdad, según el juicio de quien lo tiene infalible. ¿Quién conde-

nará la conducta del cabo que, marchando de guerrilla, descubre una emboscada enemiga y hace fuego, ya para avisar al general, ya para inutilizar las asechanzas del contrario, obrando siempre con sujeción á la ordenanza y á las instrucciones de sus jefes? Semejante á la de ese cabo nos parece ser la situación en que nos hallamos los periódicos católicos políticos. Ninguno piensa en anteponerse á la Iglesia ni á los Prelados encargados por Dios de su dirección y gobierno; si alguno así pensara, dejaría por esto mismo de ser católico para quedar siendo solamente un mal político.

«La prensa religiosa, dice la *Revista*, necesita, para nuestro entender, una reglamentación que garantice su unidad; de otra manera, no producirá los buenos resultados que deben exigirse de sus trabajos.» Por nuestra parte estamos prontos á sujetarnos á cualquiera reglamentación que los superiores legítimos crean conveniente imponernos; pero creemos que la reglamentación mejor es la que redactó San Agustín en aquellas breves palabras: «Unidad en las cosas de fe, libertad en las dudosas, y caridad en todas.»

Ponemos fin á estas observaciones, protestando que no hemos querido ofender en lo más mínimo, ni intentado tampoco tergiversar los conceptos del periódico que nos ha movido á hacerlas. Creemos que su celo y excelentes deseos le han llevado demasiado lejos, y esperamos que si medita las reflexiones que hemos expuesto, no podrá menos de convenir con nuestro modo de apreciar las cosas.

Si la polémica constante, sin cesar, sostenida un día y otro día acerca de todo linaje de cuestiones y sobre tanta variedad de sucesos, llega á abrumar alguna vez, y la pluma suelta tal expresión que fuera mejor para callada; si, lo que es posible en nuestra flaqueza, algún día faltamos á nuestra misión, pensando demasiado en nosotros mismos, nadie es capaz de sentirlo más que nosotros lo sentimos; pero en ese caso no se culpa á las cosas de lo que es propiedad de las personas.

FRANCISCO DE ASÍS AGUILAR.

La cuestión de la ley de imprenta en Francia, de la consolidación de la obra de Sadova en Prusia, del fenianismo y de Abyssinia en Inglaterra, de la fusión del Austria y Hungría por medio de reformas liberales en aquel Imperio, de unificación de las razas esclavas en Rusia, la cuestión demagógica en Italia, la militar en Bélgica, la ministerial en Suecia, la del tratado de Praga en Dinamarca, la de reorganización del Consejo federal en Suiza, la de Creta en Turquía, la de independencia en los Principados Danubianos, la de reorganización interior en Atenas, la parlamentaria en Noruega y la de conservación del orden en Portugal; tales son las cuestiones interiores, nacionales, digámoslo así, que actualmente absorben la atención de las respectivas Potencias de Europa.

La cuestión de Roma, la alemana y la de Oriente, y si hubiéramos de prestar atención á las bravatas italianas, la de intervención indirecta de América en los asuntos de Europa, aparte de otras cuestiones secundarias, como la de expedición de pasaportes austriacos á los emigrados hannoverianos y las relativas á tratados sobre unificación de pesos y medidas, postales, industriales y mercantiles, son las cuestiones exteriores, que traen en continua alarma al continente y le hacen convertirse en dilatada serie de asombrosos campamentos militares.

Por cima de todas estas cuestiones, y agravándose con ellas, hay otras dos que afectan á toda Europa.

Esas cuestiones distintas tan solo por su diverso nombre, son una sola en su esencia; la insuficiencia de recursos en varios Estados y pueblos para satisfacer sus necesidades más perentorias. Esa insuficiencia de recursos en los Erarios públicos de Europa se llama cuestión rentística; en las muchedumbres escasez y miseria, y es como el cáncer de Europa.

Todas estas cuestiones, lo mismo las que hemos llamado interiores ó de orden interior, como las exteriores ó de orden internacional, y las que hemos clasificado en tercer lugar, porque si son interiores por afectar á distintas naciones, son exteriores por su generalidad, tienen enmarañados antecedentes, producen complicaciones numerosas y exigen remedios energéticos, completamente eficaces. El estudio de esos antecedentes, el examen de esas complicaciones y la aplicación de los remedios conducentes, son al presente la tarea de todos los gobiernos y de todos los hombres públicos.

Un solo país permanece tranquilo en medio de tanta tormenta: Roma. Un solo gobierno, nos referimos sólo á los países extraños, se halla confiado, pacífico en medio de tanta agitación; el Gobierno Pontificio. Un solo hombre se alza sobre toda Europa apacible, sereno, majestuoso y empujando con inquebrantable firmeza el centro divino que traza á la sociedad el verdadero derrotero que debe seguir en su tránsito por el mundo: Pío IX.

Tal es hoy el estado de Europa. Para salir de él y alcanzar el bienestar de Roma, no se necesita más que abandonar la impiedad que en el mundo ha sembrado la llamada *civilización moderna* y seguir fielmente á Pío IX, que es el centro de la verdadera civilización.

Cosa singular. Todo el mundo reconoce que el déficit de los presupuestos, el estado en que ha venido á parar la Hacienda, y aun la escasez de recursos del país, es principal é inmediata-

mente debido al funestísimo gobierno de la Unión liberal, á sus despilfarros, á su mala administración económica. Estamos pagando hoy tanto desacierto, tantos miles de millones estérilmente consumidos que han aumentado nuestra deuda perpétua, y nuestra deuda flotante, que nos han acostumbrado al lujo, á lo superfluo ó por lo menos á lo innecesario: que han dado á la riqueza mueble é inmueble, á los papeles de la Bolsa, y á la misma propiedad territorial, valores artificiales y exagerados, y, por consiguiente, insostenibles, transitorios, siendo origen de la ruina de muchas familias. Todo el mundo lo reconoce, y los esfuerzos del Gobierno y de los hombres públicos de todas las opiniones políticas, se dirigen por lo general á remediar en lo posible estos males, tratando de sustituir al lujo la moderación en el gastar, al despilfarro el orden y la economía.

Todo el mundo lo reconoce, incluso la Unión liberal, en el mero hecho de pedir como todo el mundo *orden y economías*. Pero lo singular es que la Unión liberal las pide sin hacer pública confesión de sus errores públicos, sin mostrarse arrepentida de su conducta. Por manera que ese partido, hoy que no está en el poder, hoy que no dispone de la cosa pública, clama por economías, reservándose el derecho, sin embargo, de volver á las andadas si por desgracia volviese al ministerio. Economías y no por mi casa; economías para el partido moderado, pero prodigalidad para mí.

¿Es esto serio? ¿Es posible que táctica semejante logre el resultado que se propone el vicarismo? ¿No es el medio más propio para acabar de desacreditar á esa fracción que ha dominado mientras tenía que derrochar, y se ha hundido con el último millon que ha devorado?

Pero la audacia de la Unión liberal va más lejos. Pide economías á sus rivales; mas no en lo que el día de mañana pudiera afectarle á ella en el poder. No quiere supresión de cesantías, porque esto le toca directamente: no pide supresión de empleados, porque mañana pudiera tener el empacho de volver á crear las plazas suprimidas; la Unión liberal pide rebaja en las dotaciones del *alto Clero* y en el *Clero* parroquial, disminución de diócesis y de Cabildos, de parroquias y de gastos del culto, en una palabra, rebaja del presupuesto de las obligaciones eclesiásticas; y lo pide, porque la Unión liberal no se compone de Obispos, de Sacerdotes, de frailes y de monjas.

¿Puede darse mayor atrevimiento? Pues *El Diario Español* es quien lo tiene; *El Diario Español* insiste nuevamente en su idea, y lo hace en estos términos:

«Cualquiera creiera, al leer los artículos que los diarios absolutistas responden á nuestras observaciones sobre el presupuesto del clero, que hemos pedido la *proscripción y aun la extirpación del sacerdocio católico en todos los dominios de España*, siendo así que hasta de presente nos hemos contentado con recomendar el estudio de la cuestión de economías á los hombres públicos, y por extensión, claro está, el estudio de las obligaciones eclesiásticas, que son considerables, que son muy crecidas, digase cuanto se quiera, y que podrían ser reducidas sin perjuicio alguno para el culto y la cura de almas si se revisara el Concordato de 1851, de acuerdo con la Santa Sede.»

Nótese bien lo que dice *El Diario Español*: no pide la *proscripción y aun la extirpación del sacerdocio católico* en todos los dominios de España; hasta de presente se ha contentado con recomendar el estudio de las obligaciones eclesiásticas.

Por algo se principia.

El Diario Español se contenta por hoy con esto; pero de la estructura del periódico arriba copiado se deduce que, si hasta de presente se contenta con eso poco, mañana pedirá mas y llegará... ¿quién sabe? Él mismo no tiene reparo en señalar el término á donde pudiera llegar: á pedir la *proscripción y aun la extirpación del sacerdocio católico en todos los dominios de España*. Solo que entonces la Unión liberal habría cambiado de nombre; se llamaría la *Unión socialista*: solo que entonces *El Diario Español* tendría que sincerarse de haberse contentado hasta de presente con la revisión del Concordato de acuerdo con la Santa Sede, y para no pasar por sospechoso, por *neo*, por *clerical*, en vista de sus antecedentes tendría que ser feroz en las exigencias que tuviese en aquel hasta de presente.

¡Pobre *Diario Español*! ¡Pobre andamio de progresistas! Ignora que hasta de presente todos los andamios han sido inútiles y aun perjudiciales una vez concluido el edificio. ¡Pobre Unión, que ni aun á costa de tantos sacrificios podrá borrar de su historia las páginas de las quemaduras de libros, de los cirios, de las circulares de Posada y Negrete y algunas otras que nos parece excusado mencionar!

Acostumbrados estamos á ver la ligereza con que se deciden *ex cathedra* por ciertos periódicos las cuestiones más difíciles de la ciencia política ó económica; mas por costumbre que tengamos de ello, no han podido menos de sorprendernos las siguientes líneas que publica anoche *La Epoca*:

«Nos ha de ser permitido insistir, aunque sin esperanza, en ciertas ideas muy arraigadas en nuestro ánimo. Si el Gobierno actual, queriendo ilustrar el actual reinado, suprimiese los toros y la lotería, y al propio tiempo reformase en sentido prudentemente liberal los aranceles, antes de tres años habría cambiado la faz de España.»

Tenemos, pues, que según el periódico conservador, los males de España desaparecerán muy pronto desapareciendo los toros y la lotería, y reformando los aranceles; ó lo que es lo mismo, tenemos que en España nada malo existe sino las corridas de toros, el juego de la lotería y la protección á la industria del país.

El despropósito de *La Epoca*, en rigor no me-

recia respuesta, y sin embargo, forzoso nos es dársele, siquiera para que el país conozca lo poco que puede esperar de *La Epoca* y de cuantos en política discurren como el diario de la tarde.

En primer lugar, coloca aquel periódico las corridas de toros como rémora de la felicidad de España. ¿Por qué? Pensando piadosamente, no puede ser por otra cosa sino por la desmoralización que lleva consigo aquel espectáculo. ¿Y no ve al rededor de sí *La Epoca* muchos más espectáculos públicos que combatir por inmoraes, por más inmorales que las corridas de toros?

¿A qué viene querer reformar las costumbres públicas por el espectáculo menos malo y menos frecuente? Y si tanto se interesa por la moralidad pública, ¿por qué á cada paso, y hoy mismo, ataca al presupuesto del Clero, único capaz de cambiar la faz de España, ayudado por el Gobierno?

Lo mismo decimos de la lotería. Nosotros no defendemos la lotería, ni defendemos los toros; pero si queremos defender el sentido común. Que se combata una y otra cosa nos parece bien; pero atacarlos como rémora única de nuestra ventura, parece, aunque realmente no lo sea, estratagemas para ocultar las verdaderas causas de la desmoralización. ¿Cree *La Epoca* que suprimiendo la lotería se habrá suprimido el juego? Cándida por demás es si así lo juzga. El juego, como todos los vicios, no se corrigen sino con las buenas costumbres, y hasta la fecha nada se ha inventado para corregir las costumbres mas que la predicación continua de las verdades religiosas, apoyada, protegida y sancionada por la autoridad civil. Durillo le será á *La Epoca* reconocerlo; pero por escarceos que haga para evitarlo, no tiene mas remedio que convenir con nosotros, ya mire el asunto especulativo ó prácticamente.

Y ¿qué diremos al diario de la tarde de la dosis de reforma arancelaria que mezcla en su receta para la felicidad de España? Este es ya asunto menos importante, aunque no por eso deja de merecer que se le trate con muchísimo cuidado. La libertad universal en la legislación de aduanas es muy cómoda para pueblos industriales, que tienen plétora de productos. Predilección en buen hora aquellos países que tienen manufacturas que exportar, y con las cuales solas no pueden comer, como sucede en Inglaterra; pero en países como el nuestro, donde apenas tenemos por ahora que dar á los extranjeros en cambio de lo que ellos pueden traernos, sería una locura.

Protéjase á la agricultura, á la industria y al comercio, sáquese de este manantial de riqueza los raudales que puede producir en España, y cuando esto se haya hecho, cuando nuestras cosechas no dependan precisamente de que llueva, y tengamos canales y caminos para exportar los frutos de la tierra, entonces acaso se podrá pensar en si nos conviene ó no cambiar los artefactos de otras naciones con el fruto de nuestras fértiles campiñas.

Hasta entonces son, cuando menos, muy aventuradas estas teorías, y, ni entonces ni ahora, creemos el diario de la tarde, tendrán la importancia que con notable ligereza le da *La Epoca* en las líneas que arriba hemos copiado.

La Nación cree que debe romperse la enojosa tutela del Estado y dar al individuo toda la amplitud necesaria para que desarrolle su actividad y haga, pensando por sí, (tal es la frase de *La Nación*) lo que de continuo encomienda al Estado.

No nos parece del todo mal esta descentralización de fuerzas, de actividad y de inteligencia que desea el periódico progresista; pero sin duda no ha pensado bien en lo que pide y en por qué lo pide, pues de otro modo *La Nación* no mostraría tal desafecto hacia esa tutela oficial que data de la época mas aciaga para el fundamento y el porvenir de la sociedad. Recuérdelo bien: antes de la época en que se dió el grito que hoy repite *La Nación*, ¿pensar por sí! las fuerzas vitales estaban desparramadas por todo el cuerpo de la sociedad, cada uno de cuyos miembros tenía su círculo especial en que se movía libremente, contribuyendo á la armonía y bienestar generales. Cuando se quiso pensar por sí, no del modo y manera que exige la libertad humana encaminada á la verdad, sino en la forma que ha adoptado siempre la rebelión desde antes de la creación del hombre hasta los presentes tiempos, esto es, poniendo por lema el satánico *non serviam*, hubo de verificarse tal y tan desordenado sacudimiento en los ojos de la sociedad, que esta se vió precisada á recoger todas sus fuerzas en un punto, único medio de salvación que le quedaba. Y así lo hizo: contra el orgulloso pensar por sí opuso el despótico principio: *el Estado soy yo*; frente á la desatada razón individual se levantó potente la razón social; frente al individuo, rompiendo toda suerte de frenos, se colocó el Estado como juez, como tutor, como padre; en una palabra, del individualismo soberbio nació el Dios-Estado.

Por qué *La Nación* quiere romper hoy ese yugo enojoso nacido del pensar por sí y proclama este pensar por sí que no puede dar otro resultado, conforme lo entiende la escuela á que *La Nación* pertenece, sino la anarquía de las inteligencias ó el predominio de la fuerza? Porque lo parece pesada la tutela del Estado; porque no puede tolerar que se arrogue derechos arbitrarios de paternidad el que naturalmente no los posee. Pues no hay más remedio que sufrir las consecuencias de aquel pensar por sí tan funesto para la religión, como para la sociedad y para la familia.

También nosotros deseamos que el Estado baje

del altar en que el pensar por sí lo colocó; también nosotros deseamos que el individuo piense por sí sin que á cada instante ó á cada ocasión haya menester de la tutela y del pensamiento del Estado. En una palabra, queremos la descentralización de fuerzas, de actividad y de inteligencia; pero antes de esto es necesario que la sociedad esté nutrida de las verdaderas ideas de orden, de independencia, de obediencia, de respeto, de religión, en fin, que es el complemento, ó mejor aun, la fuente de todas aquellas ideas. Mientras el pensar por sí sea un peligro inminente para la sociedad; mientras el desarrollo de las fuerzas individuales tienda evidentemente á quebrantar las fuerzas sociales, la tutela del Estado, mal que nos pese, es imprescindible.

Para que el hombre pueda pensar por sí, necesita creer lo que Dios ha revelado y la Santa Madre Iglesia nos enseña. Nadie piensa mas, ni piensa mejor, ni mas libremente, que aquel que tiene fe mas viva, mas sencilla y mas sumisa.

Dice *La Epoca*:

«Las correspondencias de Roma hablan de los esfuerzos hechos por el Gobierno austriaco para obtener la anulación del Concordato. La Santa Sede se muestra dispuesta á modificar sus límites establecidos *a priori*, pero se resiste con razón al pensamiento de anular. Con este motivo se cita una ocurrencia muy espiritual de algún personaje muy allegado á Su Santidad: «Un Concordato, dice, es como el vestido de una señora: se le puede estrechar, alargar, escotar con arreglo á los caprichos de la moda... pero no se puede suprimir, porque sirve para guardar el pudor.»

La salida es ingeniosa, aunque ciertas inteligencias se alarmen un poco. Verdad es que, siendo protestante el barón de Beust, no ha de cuidarse demasiado de los pudores católicos.»

Suponemos que *La Epoca* habrá insertado la anterior noticia para que sus lectores saboreen la ingeniosidad de la muy espiritual ocurrencia, como insertó algún trozo del libro *Los Apóstoles*, de Renan, para que gustaran las delicias literarias del impio escritor. Pero ¿es comprensible, es siquiera racional, que un personaje muy allegado á Su Santidad, haya tenido la ocurrencia que refiere *La Epoca*? ¿Es posible que haya en Roma quien asemeje el Concordato al vestido de una señora, y las ideas, los sentimientos, las costumbres de un país cualquiera á los volubles caprichos de la moda? Tanto valdría decir que la Iglesia no puede ejercer en el mundo más influencia de la que quieran concederle los gobiernos seculares; que las convenciones celebradas entre aquella y estos, para bien de sus súbditos católicos, estaban á merced de los caprichos del poder civil, y que la civilización carece como la moda de base justa, de existencia estable y de fin necesario.

No; *La Epoca*, queremos creerlo así, no puede dar asenso á la noticia que inserta, ni aun siquiera sospechar que sea exacta. La ha dado cabida en sus columnas para... para hacer *La Epoca*.

La Nueva Iberia se deja caer de la siguiente manera:

«No deben experimentar mucha miseria los feligreses del arzobispado de Toledo, cuando se han recaudado en el cerca de doce mil quinientos duros para el dinero de San Pedro.»

Es cuanto tenemos que observar sobre el asunto á ciertos neo-católicos.»

Pues aun tendrá más que observar cuando sepa que de la provincia de Cádiz nos han remitido para Su Santidad 38.000 rs. vn., como puede verse en la lista de ofrendas que hoy publicamos.

Ya ve que, no solamente en el arzobispado de Toledo, sino también en otras diócesis, se da que tener que observar á *La Nueva Iberia*.

Tenemos el sentimiento de anunciar la muerte del Ilmo. Sr. D. Joaquín Hernández y Herrero, virtuoso Obispo de Segorbe, ocurrida el día 18 del corriente en la capital de su diócesis.

Ha muerto víctima de una pulmonía, á los sesenta años de edad.

Aunque de sus muchas virtudes es de esperar que esté gozando de Dios, nuestro deber es rogar á Dios por el eterno descanso de su alma.

No es digna de *La Reforma* la razón que aduce para probar que el pueblo del siglo XVI y XVII era, á pesar de los aplausos que tributaba á Calderón, á Santa Teresa y á fray Luis de Granada, ignorante, holgazán y fanático.

Hé aquí las palabras de aquel diario:

«No, estimable colega, no; para *La Reforma* todo esto quiere decir que aquel pueblo, á fuerza de oír en el teatro y en el pulpito lo que hoy apenas se escucha en ninguna parte, había adquirido la costumbre de entender una terminología y un modo de decir y hasta unos conceptos, que ahora apenas son patrimonio de los estudiosos. Y esto no acusa sobrelleante ilustración, por lo mismo que no la demuestra el que hoy nuestro pueblo entienda en qué consisten los fenómenos del vapor, y de la electricidad, y de tantas otras cosas, que aquel público que entendía y aplaudía á Calderón no comprendería si hoy volviese á la vida.»

A fuerza de oír hablar bien, se aprende á hablar bien: á fuerza de oír bellezas de concepto y de sentimiento, el oyente aprende á estimarlas, á entenderlas y á sentirlas. Esto no necesita pruebas: es de puro sentido común. ¿Cómo, pues, ha de tener fuerza la razón de *La Reforma*, si esa misma costumbre de que nos habla este diario, debía despertar necesariamente ideas elevadas y nobles sentimientos, aun en la gente más soez é ignorante? Pues qué, ¿se puede entender los términos sin penetrar en su significación? ¿Se puede comprender los conceptos profundos de Calderón, sin tener instrucción preparatoria suficiente ó una inteligencia extraordinaria? *La Reforma* convendrá con nosotros, en que tales contradicciones son absurdas.

El ejemplo que al fin de las líneas copiadas

7000	7036	7140	7123	7135	7141	7142	7144	7146	7148	7150	7152	7154	7156	7158	7160	7162	7164	7166	7168	7170	7172	7174	7176	7178	7180	7182	7184	7186	7188	7190	7192	7194	7196	7198	7200
7202	7204	7206	7208	7210	7212	7214	7216	7218	7220	7222	7224	7226	7228	7230	7232	7234	7236	7238	7240	7242	7244	7246	7248	7250	7252	7254	7256	7258	7260	7262	7264	7266	7268	7270	
7272	7274	7276	7278	7280	7282	7284	7286	7288	7290	7292	7294	7296	7298	7300	7302	7304	7306	7308	7310	7312	7314	7316	7318	7320	7322	7324	7326	7328	7330	7332	7334	7336	7338	7340	
7342	7344	7346	7348	7350	7352	7354	7356	7358	7360	7362	7364	7366	7368	7370	7372	7374	7376	7378	7380	7382	7384	7386	7388	7390	7392	7394	7396	7398	7400	7402	7404	7406	7408	7410	
7412	7414	7416	7418	7420	7422	7424	7426	7428	7430	7432	7434	7436	7438	7440	7442	7444	7446	7448	7450	7452	7454	7456	7458	7460	7462	7464	7466	7468	7470	7472	7474	7476	7478	7480	
7482	7484	7486	7488	7490	7492	7494	7496	7498	7500	7502	7504	7506	7508	7510	7512	7514	7516	7518	7520	7522	7524	7526	7528	7530	7532	7534	7536	7538	7540	7542	7544	7546	7548	7550	
7552	7554	7556	7558	7560	7562	7564	7566	7568	7570	7572	7574	7576	7578	7580	7582	7584	7586	7588	7590	7592	7594	7596	7598	7600	7602	7604	7606	7608	7610	7612	7614	7616	7618	7620	
7622	7624	7626	7628	7630	7632	7634	7636	7638	7640	7642	7644	7646	7648	7650	7652	7654	7656	7658	7660	7662	7664	7666	7668	7670	7672	7674	7676	7678	7680	7682	7684	7686	7688	7690	
7692	7694	7696	7698	7700	7702	7704	7706	7708	7710	7712	7714	7716	7718	7720	7722	7724	7726	7728	7730	7732	7734	7736	7738	7740	7742	7744	7746	7748	7750	7752	7754	7756	7758	7760	
7762	7764	7766	7768	7770	7772	7774	7776	7778	7780	7782	7784	7786	7788	7790	7792	7794	7796	7798	7800	7802	7804	7806	7808	7810	7812	7814	7816	7818	7820	7822	7824	7826	7828	7830	
7832	7834	7836	7838	7840	7842	7844	7846	7848	7850	7852	7854	7856	7858	7860	7862	7864	7866	7868	7870	7872	7874	7876	7878	7880	7882	7884	7886	7888	7890	7892	7894	7896	7898	7900	
7902	7904	7906	7908	7910	7912	7914	7916	7918	7920	7922	7924	7926	7928	7930	7932	7934	7936	7938	7940	7942	7944	7946	7948	7950	7952	7954	7956	7958	7960	7962	7964	7966	7968	7970	
7972	7974	7976	7978	7980	7982	7984	7986	7988	7990	7992	7994	7996	7998	8000	8002	8004	8006	8008	8010	8012	8014	8016	8018	8020	8022	8024	8026	8028	8030	8032	8034	8036	8038	8040	
8042	8044	8046	8048	8050	8052	8054	8056	8058	8060	8062	8064	8066	8068	8070	8072	8074	8076	8078	8080	8082	8084	8086	8088	8090	8092	8094	8096	8098	8100	8102	8104	8106	8108	8110	
8112	8114	8116	8118	8120	8122	8124	8126	8128	8130	8132	8134	8136	8138	8140	8142	8144	8146	8148	8150	8152	8154	8156	8158	8160	8162	8164	8166	8168	8170	8172	8174	8176	8178	8180	
8182	8184	8186	8188	8190	8192	8194	8196	8198	8200	8202	8204	8206	8208	8210	8212	8214	8216	8218	8220	8222	8224	8226	8228	8230	8232	8234	8236	8238	8240	8242	8244	8246	8248	8250	
8252	8254	8256	8258	8260	8262	8264	8266	8268	8270	8272	8274	8276	8278	8280	8282	8284	8286	8288	8290	8292	8294	8296	8298	8300	8302	8304	8306	8308	8310	8312	8314	8316	8318	8320	
8322	8324	8326	8328	8330	8332	8334	8336	8338	8340	8342	8344	8346	8348	8350	8352	8354	8356	8358	8360	8362	8364	8366	8368	8370	8372	8374	8376	8378	8380	8382	8384	8386	8388	8390	
8392	8394	8396	8398	8400	8402	8404	8406	8408	8410	8412	8414	8416	8418	8420	8422	8424	8426	8428	8430	8432	8434	8436	8438	8440	8442	8444	8446	8448	8450	8452	8454	8456	8458	8460	
8462	8464	8466	8468	8470	8472	8474	8476	8478	8480	8482	8484	8486	8488	8490	8492	8494	8496	8498	8500	8502	8504	8506	8508	8510	8512	8514	8516	8518	8520	8522	8524	8526	8528	8530	
8532	8534	8536	8538	8540	8542	8544	8546	8548	8550	8552	8554	8556	8558	8560	8562	8564	8566	8568	8570	8572	8574	8576	8578	8580	8582	8584	8586	8588	8590	8592	8594	8596	8598	8600	
8602	8604	8606	8608	8610	8612	8614	8616	8618	8620	8622	8624	8626	8628	8630	8632	8634	8636	8638	8640	8642	8644	8646	8648	8650	8652	8654	8656	8658	8660	8662	8664	8666	8668	8670	
8672	8674	8676	8678	8680	8682	8684	8686	8688	8690	8692	8694	8696	8698	8700	8702	8704	8706	8708	8710	8712	8714	8716	8718	8720	8722	8724	8726	8728	8730	8732	8734	8736	8738	8740	
8742	8744	8746	8748	8750	8752	8754	8756	8758	8760	8762	8764	8766	8768	8770	8772	8774	8776	8778	8780	8782	8784	8786	8788	8790	8792	8794	8796	8798	8800	8802	8804	8806	8808	8810	
8812	8814	8816	8818	8820	8822	8824	8826	8828	8830	8832	8834	8836	8838	8840	8842	8844	8846	8848	8850	8852	8854	8856	8858	8860	8862	8864	8866	8868	8870	8872	8874	8876	8878	8880	
8882	8884	8886	8888	8890	8892	8894	8896	8898	8900	8902	8904	8906	8908	8910	8912	8914	8916	8918	8920	8922	8924	8926	8928	8930	8932	8934	8936	8938	8940	8942	8944	8946	8948	8950	
8952	8954	8956	8958	8960	8962	8964	8966	8968	8970	8972	8974	8976	8978	8980	8982	8984	8986	8988	8990	8992	8994	8996	8998	9000	9002	9004	9006	9008	9010	9012	9014	9016	9018	9020	
9022	9024	9026	9028	9030	9032	9034	9036	9038	9040	9042	9044	9046	9048	9050	9052	9054	9056	9058	9060	9062	9064	9066	9068	9070	9072	9074	9076	9078	9080	9082	9084	9086	9088	9090	
9092	9094	9096	9098	9100	9102	9104	9106	9108	9110	9112	9114	9116	9118	9120	9122	9124	9126	9128	9130	9132	9134	9136	9138	9140	9142	9144	9146	9148	9150	9152	9154	9156	9158	9160	
9162	9164	9166	9168	9170	9172	9174	9176	9178	9180	9182	9184	9186	9188	9190	9192	9194	9196	9198	9200	9202	9204	9206	9208	9210	9212	9214	9216	9218	9220	9222	9224	9226	9228	9230	
9232	9234	9236	9238	9240	9242	9244	9246	9248	9250	9252	9254	9256	9258	9260	9262	9264	9266	9268	9270	9272	9274	9276	9278	9280	9282	9284	9286	9288	9290	9292	9294	9296	9298	9300	
9302	9304	9306	9308	9310	9312	9314	9316	9318	9320	9322	9324	9326	9328	9330	9332	9334	9336	9338	9340	9342	9344	9346	9348	9350	9352	9354	9356	9358	9360	9362	9364	9366	9368	9370	
9372	9374	9376	9378	9380	9382	9384	9386	9388	9390	9392	9394	9396	9398	9400	9402	9404	9406	9408	9410	9412	9414	9416	9418	9420	9422	9424	9426	9428	9430	9432	9434	9436	9438	9440	
9442	9444	9446	9448	9450	9452	9454	9456	9458	9460	9462	9464	9466	9468	9470	9472	9474	9476	9478	9480	9482	9484	9486	9488	9490	9492	9494	9496	9498	9500	9502	9504	9506	9508	9510	
9512	9514	9516	9518	9520	9522	9524	9526	9528	9530	9532	9534	9536	9538	9540	9542	9544	9546	9548	9550	9552	9554	9556	9558	9560	9562	9564	9566	9568	9570	9572	9574	9576	9578	9580	
9582	9584	9586	9588	9590	9592	9594	9596	9598	9600	9602	9604	9606	9608	9610	9612	9614	9616	9618	9620	9622	9624	9626	9628	9630	9632	9634	9636	9638	9640	9642	9644	9646	9648	9650	
9652	9654	9656	9658	9660	9662	9664	9666	9668	9670	9672	9674	9676	9678	9680	9682	9684	9686	9688	9690	9692	9694	9696	9698	9700	9702	9704	9706	9708	9710	9712	9714	9716	9718	9720	
9722	9724	9726	9728	9730	9732	9734	9736	9738	9740	9742	9744	9746	9748	9750	9752	9754	9756	9758	9760	9762	9764	9766	9768	9770	9772	9774	9776	9778	9780	9782	9784	9786	9788	9790	
9792	9794	9796	9798	9800	9802	9804	9806	9808	9810	9812	9814	9816	9818																						